



Blinkhorn, profesor de Historia en la Universidad Inglesa de Lancaster y especialista en temas de España.

Entrevista con Martin Blinkhorn

EL CARLISMO DE NUESTRO TIEMPO

JAVIER ALFAYA

MARTIN Blinkhorn pertenece a una ilustre estirpe de historiadores británicos especializados en temas españoles que en las últimas décadas cuenta entre sus nombres más ilustres los de Gerald Brenan, J. H. Elliott, John Lynch, Henry Kamen, Hugh Thomas, Raymond Carr y Paul Preston, entre otros. Nació en 1941 en Lancashire, estudió en el Pembroke College, de Oxford, pasando luego a los EE. UU., a la Stanford University, en Palo Alto, California. De allí volvió a Gran Bretaña, a Oxford, donde trabajó varios años con el profesor Raymond Carr. Actualmente, Blinkhorn es "lecturer" de Historia de la Universidad de Lancaster.

Estudiando en Stanford con Gordon Wright, Blinkhorn empezó a interesarse en la investigación de la extrema derecha europea. Pero fue Carr quien despertó su atención hacia la Historia de España, y en ella, hacia el fenómeno del carlismo. Precisamente Carr supervisó la tesis de Blinkhorn, que éste desarrollaría en una obra fundamental: "Carlism and Crisis in Spain, 1931-1939", publicada hace dos años por Cambridge University Press y que pronto verá luz en castellano. El profesor Blinkhorn ha estado recientemente en Madrid, trabajando en una obra sobre la Segunda República Española. Hemos aprovechado la visita para entrevistarlo.

JAVIER ALFAYA.—Profesor Blinkhorn, ¿cuál es su opinión sobre la evolución actual del carlismo?

MARTIN BLINKHORN.—Bueno, si se trata del Partido Carlista, entonces me parece que su trayectoria actual es muy interesante. Creo que sólo hay otro ejemplo de un partido, de una organización de las derechas que ha evolucionado hacia la izquierda: el peronismo. Yo no digo que existan muchos paralelos entre ambos, pero de hecho existen. Algunos sostienen que esa evolución carlista es artificial, absurda incluso. Yo no coincido con esa opinión, al menos totalmente, porque como estudioso de los movimientos de derechas pienso que

en todo movimiento de este tipo donde haya una base de masas existe la posibilidad de que se produzca una evolución hacia la izquierda, al cambiar las condiciones, las circunstancias y pasados los años. La mayor parte de las veces no ocurre, pero en ocasiones sí. Lo que ocurre con el Partido Carlista es que durante los cincuenta y los sesenta los líderes—Carlos Hugo y su círculo— examinaron el pasado, las tradiciones del carlismo y, en un sentido, lo han reinterpretado haciendo hincapié en su tradición popular y descartando la ideología tradicionalista. Esto me parece válido, ya que es obvio que la característica más significativa del carlismo es su contenido popular, porque sin ese contenido no hubiera sobrevivido tanto tiempo, un siglo y medio.

J. A.—¿Qué opina usted de los libros propagandísticos o apologéticos que han salido más o menos recientemente sobre el carlismo?

M. B.—Pienso que, como libros de política, como libros de propaganda, y también como libros de información sobre la evolución del carlismo durante el régimen de Franco, son estimables. He aprendido mucho leyendo libros como el de Clemente, que, claro, es militante del partido y sabe mucho de lo que ha pasado dentro de éste. Lo que no me gusta tanto es la interpretación, o reinterpretación, que hacen los protagonistas del Partido Carlista de su propia historia. Ellos piensan que esa reinterpretación es válida y también necesaria para reforzar sus ideas y su política. Yo no estoy de acuerdo. La reinterpretación no me parece enteramente correcta o válida, ni tampoco necesaria desde el punto de vista de la política. Si el carlismo ha sido un movimiento de derechas y ahora lo es de izquierda, lo mejor es ser totalmente veraz al tratar de lo que ha pasado.

J. A.—Es decir, que no se falsifique...

M. B.—Bueno, falsificación no es la palabra...

J. A.—... o que no se deformen o exageren determinados aspectos.

M. B.—Hay uno o dos concretos. Por ejemplo, en varios de estos libros dicen los autores que los carlistas dieron la bienvenida a la República del treinta y uno. Por supuesto, lo que a los carlistas les gustó fue la caída de la Monarquía liberal, una caída que predijeron durante setenta años. La llegada de la República les gustó porque creían que era un paso necesario en el camino hacia la Monarquía tradicional. Primero caería la Mo-

narquía liberal, luego la República, quizá vendría el socialismo, el desastre, con lo cual la gente, especialmente la clase obrera, volvería al carlismo. Pero está claro que la República en sí no les gustaba.

"Hay otra cosa que se refiere a la entrada en la guerra civil. Creo que dice Clemente que la masa militante sentía recelos, no sólo hacia el Ejército sino hacia todo lo que se refiriera a un alzamiento, un golpe de Estado o lo que sea, y que los carlistas de base entraron en la guerra civil con esos recelos, decepcionados por algunos líderes que no eran verdaderamente carlistas, sino integristas o tradicionalistas. Pero sabemos que en realidad fue Fal Conde el que sintió recelos hacia el Ejército, que dudó bastante en llegar a un acuerdo con los generales. Sabemos perfectamente—y Clemente hace una referencia hacia los integristas navarros, pero en Navarra éstos no contaban—que en Navarra, si no se hubiera llegado a un acuerdo con el Ejército, los carlistas hubieran entrado en la guerra sin instrucciones, sin órdenes, ni nada, porque estaban dispuestos a luchar se alzara el Ejército o no.

J. A.—Es decir que no hubiera hecho ni una dirección política, que se hubiera producido un levantamiento espontáneo.

M. B.—Yo creo que sí.

J. A.—Había una beligerancia total contra la República.

M. B.—Sí, sí. Se lanzaron a la guerra civil con entusiasmo, con pasión y sin recelo. Salieron de la guerra ya decepcionados, desilusionados, marginados en el partido unificado. No niego nada de eso, porque es la verdad. Pero creo que es mejor admitir lo que pasó realmente y no construir lo que me parece un mito.

J. A.—Otra pregunta, que tiene una proyección más actual. Algunos sostienen que quizá hubiera sido más coherente por parte del carlismo en vez de ligarse a las plataformas electorales de extrema izquierda haber vuelto a trabajar dentro de sus bases tradicionales con una orientación progresiva, aunque no sea socialista-revolucionaria, buscando crear un movimiento en Euskadi dentro de las zonas agrícolas, donde tendría un campo de acción mucho más amplio que entre el proletariado urbano, donde, fuera quizá de Navarra, no tiene arraigo popular alguno.

M. B.—Creo que es una pregunta interesante. En el pasado, uno de los fallos más grandes del carlismo—y de todas las derechas— fue que no conquistó a la clase obrera. Es

natural que ahora, cuando todo el mundo habla de la clase obrera, el carlismo evolucione en la dirección que lo ha hecho. Y quizá hay otra cosa, y es que en Navarra, por ejemplo, el carlismo se basa en sus tradiciones locales y familiares y que los líderes del partido consideran que el apoyo de las gentes del campo es algo seguro y que basándose en ese apoyo rural tienen que salir de sus feudos tradicionales y conquistar nuevas zonas de influencia. Hay que tener en cuenta que Pamplona, como ciudad, ha cambiado tal vez más que cualquier otra de España, convirtiéndose en una ciudad industrial, con sus tentáculos en el campo, y es natural que el carlismo navarro intente conquistar a los obreros.

"Y otra cosa que afecta al futuro del carlismo. Creo que el carlismo, como movimiento basado en la clase media y en el campesinado, no tiene futuro, y si quiere tenerlo tiene que conquistar sectores del pueblo a los que antes no había llegado.

J. A.—¿Usted no cree que con toda esta radicalización hacia la izquierda de un sector del carlismo no puede haber un renacer de sus corrientes más reaccionarias, que haya un intento por parte de los elementos más recalcitrantes de radicalizar hacia la derecha a lo que llaman el pueblo carlista?

M. B.—Si se trata de una radicalización popular, no lo creo. Porque no creo que en nuestros días esas ideas tengan mucho atractivo. Pero está claro que, dentro del viejo carlismo, esa radicalización se ha producido. Tenemos no sé cuántas facciones carlistas que se sitúan en la derecha. Pero les falta unidad, hay una gran rivalidad entre los líderes de los diversos grupos.

J. A.—¿Usted cree que esto ya no tiene posibilidades de ser un movimiento de masas como fue el carlismo antiguo?

M. B.—Yo creo que no, porque España ha cambiado demasiado. Pamplona, por ejemplo, se ha convertido en uno de los centros más apasionantes de la lucha de clases en España.

J. A.—Pero donde hay un predominio de organizaciones maolistas...

M. B.—Sí, sí. Pero yo quiero decir una cosa: aunque no creo que el Partido Carlista tenga un futuro como partido mayoritario o incluso poderoso en España, confío en que este partido o un carlismo de cualquier tipo sobrevivirá después de la muerte de muchos partidos de la izquierda de hoy, porque tiene lo que no tienen otros, es decir, la tradición local, familiar, etcétera. Un

partido que ha sobrevivido siglo y medio, padeciendo muchas derrotas y escisiones, no hay ninguna razón para que no pueda sobrevivir mucho más, como izquierdista o lo que sea.

J. A.—Pasemos a otro tema. Está usted escribiendo un libro sobre la Segunda República.

M. B.—Bueno, estoy empezando ahora. Se centra sobre la República antes y durante la guerra, sin tratar de la zona nacionalista.

J. A.—¿Cuáles son sus tesis sobre algunos de los puntos más debatidos de la guerra, por ejemplo, el enfrentamiento en quienes ponían el énfasis sobre la necesidad de organizarse para combatir adecuadamente o realizar una experiencia revolucionaria?

M. B.—Yo creo que, dada la coyuntura internacional, el equilibrio de fuerzas entre intervención y no-intervención, la República, empezada la guerra, no tenía ninguna posibilidad de vencer. La cuestión entre las dos opciones, por un lado de or-

ganizar y frenar la revolución y por el otro proseguir la revolución, llevar a cabo una guerra revolucionaria, es una cuestión interesantísima, emocionante, pero algo académica. Por supuesto, como soy académico, me interesa. Entre las dos opciones yo creo que si alguna tenía posibilidad era la primera, la de la organización. Lo que ocurre es el que precio que por la organización —aunque ahora no convenga decirlo— hizo pagar el Partido Comunista fue demasiado alto. Si se hubieran podido hacer muchas cosas, sin los gastos que hubo, entonces puede ser que el resultado fuera mejor. Tengo simpatías, algo románticas, hacia la opción de la revolución, como muchos, sobre todo jóvenes, entre ellos gran parte de mis alumnos, que sienten simpatías hacia el POUM especialmente, pero teniendo en cuenta tal y cómo eran las cosas, yo no creo que hubiera una oportunidad de ganar la guerra prosiguiendo la revolución.

J. A.—Esto nos lleva a otra

cuestión que me ha interesado siempre: ¿no cree usted que en los anglosajones, o en algunos por lo menos, hay una cierta mitificación del movimiento anarquista en España, considerándolo como algo puro, como lo único realmente revolucionario que existió en Europa?

M. B.—Sí, yo creo que esa mitificación existe. Se explica porque el anarquismo casi no ha existido en Inglaterra; es algo exótico y fascinante. También entre los que se interesan por la guerra civil hay una mitificación del POUM. Yo pienso que en esto hay modas. Hace pocos años, entre los estudiosos, en Inglaterra —no sé si igual en los Estados Unidos—, había una fascinación por lo anarquista y muchas veces no se hacía ninguna distinción entre el anarquismo y el anarcosindicalismo, lo que ha sido fuente de muchos errores. Ahora, teniendo en cuenta las discusiones que tengo con mis propios alumnos, me parece que ha surgido una tendencia a criticar bastante duramente a

los anarquistas, sobre todo por su irrealismo. Casi no hay simpatías hacia el Partido Comunista durante la guerra, pero sí una mitificación del POUM, y de Nin, sobre todo, que quizá tiene sus orígenes en "Homage to Catalonia", que es uno de los libros más populares entre los estudiantes ingleses, y no sólo entre los interesados por España.

J. A.—Finalmente, quisiera hacerle esa pregunta tópica, y obligada, que se hace a todos los especialistas en la Historia contemporánea de España: ¿cómo ve el presente y el futuro y las posibilidades de consolidación de una democracia en España?

M. B.—Soy relativamente optimista, un poco menos que mi amigo Paul Preston en sus declaraciones recientes. Se presentarán dos problemas muy serios: el problema de la Constitución y el problema de la economía. Confío que esta vez la cuestión de la Constitución no divida demasiado a los políticos; espero que hayan aprendido algo del pasado. Si la nueva democracia española sabe superar la crisis económica, entonces me parece que el futuro será bastante bueno. En Inglaterra tenemos un refrán que referimos al matrimonio, a los negocios, etcétera, que dice que los próximos cinco años serán los peores; yo no digo tanto, pero me parece que los próximos dos o tres años serán los más difíciles.

J. A.—¿Qué fuerzas ve como más reales, con más futuro en este momento en España?

M. B.—Como partidos políticos, me parece que hay dos: el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Comunista, porque tienen raíces, tienen organización, tradición, etcétera. En el centro y en la derecha no sé, porque tanto el Centro Democrático como Alianza Popular son sólo alianzas. Creo que el Centro evolucionará en una de estas dos direcciones: o bien, no sé precisamente cuándo, en uno o dos años quizá, va a dividirse en dos o tres facciones, o bien va a fortalecerse y convertirse en algo, en términos organizativos y en términos de poder, como el gaullismo francés. Recientemente, Paul Preston ha dicho en "El País" que hay dos futuros en España: el chileno y el italiano. Yo creo que el francés también es una posibilidad; que en España existe la posibilidad de un partido pragmático, que no quiera perder las riendas del poder, porque el atractivo del poder puede unir a muchas fuerzas socialdemócratas, centristas, etcétera.

J. A.—Es decir, que no cree en la posibilidad de un gran partido de centro-derecha, como la Democracia Cristiana italiana.

M. B.—Yo creo que el punto importante es el de la doctrina. Pienso que en España no va a tener fuerza un partido que se base en la doctrina cristiana, sino un partido gobernante amplio que se base en el pragmatismo, el éxito y la prosperidad, si la hay. En cuanto a Alianza, no me sorprendería que una parte de ésta se fuera hacia el Centro, quedando sólo como un partido de derechas relativamente pequeño, pero duro. ■



"La característica más significativa del carlismo es su contenido popular, sin él no hubiera podido sobrevivir durante un siglo y medio". En la foto: Montejurra, 1966.